

COMPANY COMPANY, CONCEPCIÓN (COORD.) (2023), *HABLAR Y VIVIR EN AMÉRICA, MÉXICO, IIFL-UNAM, EL COLEGIO NACIONAL*, 557 PP.

Nunca estará de más traer a la memoria, sobre todo en los tiempos que corren, que el ser humano lo es en la medida en la que habla y desarrolla esta cualidad. Ese hablar es lo que refleja su pensamiento y, por lo tanto, el *homo loquens* también representa la magnitud de toda la creación humana en la absoluta amplitud del término: desde el acto primigenio y muy complejo de nombrar al mundo hasta llegar a las construcciones intelectivas de toda ciencia, la palabra es el principio, el medio y el fin de toda actividad cultural. En el fondo, no hay más *historia* del hombre que el relato del *logos*, cuyos antecedentes fueron la *historía* y el *épos*, formas de la palabra que proceden del *mythos*, pues en éste se condensó el pensamiento, el sentimiento y el carácter del ser humano desde que empezó a bosquejar el mundo con la palabra.

Hace más de 2500 años, Gorgias de Leontinos enseñaba a los jóvenes atenienses el arte de la retórica psicagógica, y argumentaba que la palabra es un soberano que con un cuerpo invisible era capaz de curar o de enfermar, de crear o de destruir, de engañar la mente o de hacerla lúcida.¹ El elogio a la palabra es el reconocimiento que aquel sofista hizo de la potencia retórica y creadora del hombre que sabe utilizar el *logos*: la palabra todo lo crea y todo lo destruye. Así pues, la vida del hombre en una comunidad es posible por la creación de la cultura y ésta no es otra cosa que un constructo lingüístico.

Concepción Company, investigadora emérita del Instituto de Investigaciones Filológicas, se ha destacado, entre otras virtudes, por el liderazgo innegable con el que ha asumido su quehacer como filóloga y lingüista de pura cepa, y en ese andar que ha recorrido ha entregado bastantes aportaciones al análisis de la lengua española. Publicó en 2023 una magnífica recopilación de estudios

¹ Gorgias de Leontinos, Encomio de Helena, B11, 6 ss. D.-K.

en torno a la lengua española que se habla en América, prácticamente desde el momento en el que en estas tierras se oyó por vez primera a los europeos llegados de ultramar hasta el tiempo presente, desde una perspectiva histórica y diatópica: *Hablar y vivir en América*.

Una obra histórica, porque a pie juntillas se siguen distintos episodios de la lengua española desde su llegada, “*la segunda semana del mes de octubre de 1492*” (p. 10), hasta el momento en el que se está leyendo este texto y más allá en la trascendencia de este magnífico volumen, en cuatro segmentos históricos, bastante complejos por la profundidad del contenido y por la conjetura de lo que todavía resta por analizar: la conquista y sus primeros asentamientos, el criollismo, la pre-independencia y el período independiente (p. 14).

Una obra diatópica, porque la realización de toda lengua se sucede de manera continua cada vez que en una determinada semiosfera se manifiesta la realización plena de la lengua. Comparativamente hablando, el español presenta la cualidad de las grandes lenguas que han dejado su impronta a lo largo de los siglos por diversos motivos. Así como el griego antiguo llegó a ser una lengua que se extendió desde la parte más occidental de Europa, lo que hoy es Portugal, hasta los linderos asiáticos en los que Alejandro Magno llevó a cabo sus conquistas, algo semejante se puede decir del español con su particular geografía mundial. Del latín se puede decir otro tanto, y un poco más, en el sentido de que dio origen a un caudal de lenguas, las llamadas romances, cuya hija mayor, en todo sentido, es el español –este libro es prueba de ello, por cierto– pues, al igual que su madre, se ha extendido en el tiempo y en la geografía de una manera trascendente.

A través de 16 países, que integran la parte continental no insular de Hispanoamérica, a lo ancho de algo más de 12 millones de kilómetros cuadrados (...) y a lo largo de poco más de 11700 km. en línea recta, desde el río Bravo hasta la Tierra de Fuego, una persona hispanohablante nativa puede atravesar fronteras políticas y administrativas, puede comunicarse y hacer su vida diaria usando siempre la misma lengua: el español. Tal situación no se repite en ninguna otra área del planeta” (p. 9).

Este bosquejo sintetiza específicamente la profundidad y la extensión del español americano. Y más allá de los números de los que da cuenta Company, el español trasciende por la potencia de sus palabras y por su construcción dinámica.

De las varias maneras en las que este libro puede leerse, la más sugerente es la de la travesía de un barco en altamar, cuya capitana es Concepción Company, navegando por su contenido, que se manifiesta en las diferentes esferas del saber y de la vida cotidiana en las que se despliegan los trece capítulos que componen esta obra. Cada uno de los autores se ha desempeñado con destreza en su tarea respectiva para que el itinerario sea intelectualmente productivo; y ya los lectores podrán emprender también el viaje por las aguas en las que ha transitado y seguirá navegando el español, sobre todo el de América.

Los barcos en los que llegaron los españoles bien pueden verse como una pequeña Babel; no sólo un único español bogaba entonces, sino, como apunta Company, lenguas iberorromances y otras más allá de ese espacio geográfico (pp. 11-12), de manera que, a su llegada a estas tierras, ya de por sí con una variedad muy compleja y profunda en cuanto a sus lenguas, el contacto entre ellas cambió sus rostros de manera recíproca. Parafraseando a Lotman: cuando dos semiosferas entran en contacto surge una tercera realidad cultural, otra semiosfera que en principio resulta difícil de definir,² pues los cambios lingüísticos se operan poco a poco, hasta que ocurre la nivelación lingüística, es decir, la idea de una misma lengua, su *koiné*, el artificio que la gramática le otorga a la lengua y que se mantiene en dialéctica inquebrantable. “*Es sabido que la esencia de toda lengua es una constante transformación casi imperceptible, que produce una aparente sensación de continuidad con la sensación de diversidad*” (p. 13).

El volumen inicia de una manera muy acertada para llamar la atención del lector, con el apartado “El español ante una babel de lenguas. El siglo xvi”, pues se explica ahí de manera sucinta y con ejemplos bastante vívidos cómo se habría dado el contacto del español con la amplia variedad de las lenguas prehispánicas (pp. 25-47). Y subrayo el *habría dado* porque, sin duda, una de las cuestiones sumamente fascinantes de la lingüística histórica es la de la reconstrucción en cuanto a la realización del habla en un punto dado de la semiosfera resultante, pues para ello el andamiaje contextual es de primer orden, y es allí donde la filología trae a colación el ejercicio transdisciplinario. Al ser la lengua la vehiculación de todo quehacer humano, es lógico que en su

² Iuri Lotman, *La semiosfera. I. Semiótica de la cultura y del texto*, Valencia, Cátedra, Universidad de Valencia, 1996, pp. 21-42.

estudio lingüístico acudan otras disciplinas que auxilian a una comprensión nítida de los cambios, continuidades, nivelaciones y demás procesos metamórficos. Así, los trece capítulos que componen esta contribución es muestra también de la interdisciplinariedad tan necesaria para entender la dinámica histórica de la lengua española.

Pues bien, cada barco español, en 1492, era una pequeña Babel, es decir, un concierto de lenguas que daría como resultado una formulación específica del lenguaje marítimo, y de todo aquello que con tal campo semántico impulsarían el encuentro de realidades lingüísticas harto diferenciadas. El léxico de la navegación es rico y preciso, al punto que afirma Trejo Rivera: “*es realmente un idioma diferente y ajeno a todo mortal que no navegue*” (p. 102, “*¡Al carajo! Un equívoco. Vocabulario náutico en nuestra vid cotidiana*”).

Unos ejemplos a propósito, para advertir la metamorfosis léxica: la expresión “dar al traste” proviene de *trastum*, el banco del remero que era encadenado a él, cuando un barco se volcaba, la parte de los remeros era la primera en hundirse, es decir, “daba al traste”, por ser la parte baja de la nave. Por extensión, todo proyecto que fracasa “da al traste” (p. 112). Y una palabra griega de prosapia poética, *kéleusma*, habría dado la palabra *chusma*, es decir, del canto que se ejecutaba para acompañar los movimientos de los remeros, pasó a identificar a la gente vulgar y chismosa (Trejo Rivera, p. 113). A eso se suma, como dice por su parte Juan Gil, la incorporación de léxico indígena de diversas procedencias (“El español ante una babel de lenguas. El siglo XVI”, p. 25), por lo que ese fenómeno daría como resultado otra formulación lingüística.

El plurilingüismo acompañó la construcción del español en ese contacto con las tierras precolombinas prácticamente como una manera natural de tender hilos de comunicación (pp. 35-36). Sin embargo, el desorden y el desconcierto fueron determinando desde la autoridad misma de los españoles que su lengua fuera la de mando, a fin de evitar cualquier caos militar, político y religioso.

Así, en un contexto tan vasto y con variantes lingüísticas de todo género, la empresa de una historia del español americano es más que una *Odisea*, pues sólo es posible acceder a ello mediante los documentos de las distintas épocas de las que se ocupa este volumen. En efecto, todo aquello que guarda relación con la oralidad es mucho más complicado de analizar para los fines de una revisión diatópica e histórica. Company pone de relieve esta condición de manera precisa:

La relación entre lengua hablada y lengua escrita (...) dista de ser transparente y unívoca, ya que la escritura impone sus propios moldes retóricos discursivos y es heredera de tradiciones escriturales y *usus scribendi* previos, de manera que, más que un reflejo de la oralidad, suele ser (...) un opacador de la lengua hablada y (...) de la espontaneidad que caracteriza a la oralidad (“Saludos y despedidas en cartas americanas. *Un acercamiento a la oralidad de la vida cotidiana*, p. 152).

Y si bien existe documentación oficial, “textos redactados bajo rígidas normas diplomáticas” (p. 431) que no permiten observar otros aspectos cotidianos, con mayor detenimiento, las relaciones geográficas del siglo XVI son una puerta para acceder a ese mundo desde la historia, tal como lo aborda María del Carmen León Cazares en el capítulo “El reflejo de la realidad novohispana en el espejo de las relaciones geográficas del siglo XVI” (pp. 431-475).

En efecto, las expediciones promovidas por Felipe II produjeron material muy valioso para entender la naturaleza de las tierras americanas: la de Francisco Hernández, por ejemplo, cuyos casi veinte tomos cumplen con su cometido de registro puntual *naturae rerum* y es muestra del plurilingüismo sobre la base del latín (p. 435-436). La obra de Hernández es muestra también de la avidez intelectual por conocer y nombrar el mundo descubierto por los europeos, por ello, además de la finalidad cartográfica y, más ampliamente, cosmográfica, la información recopilada revela verdaderos prontuarios que abordan los más diversos temas, entre ellos el de la alimentación.

En este ámbito de la cultura, el de la alimentación, Ascensión Hernández Triviño, al plantear “*la naturaleza del cacao y su importancia en el mundo mesoamericano*”, así como su influencia “*en el modo de vida de la sociedad virreinal*” (p. 480), refiere que el primer registro del chocolate apareció en la *Historia natural de la Nueva España*, de Francisco Hernández. Del *kakau* al *cacáhoatl*, con sus varias formas de preparación, y de esta bebida de origen prehispánico al chocolate como tal hay un recorrido histórico-lingüístico que Hernández Triviño traza magistralmente mediante la recuperación contextual –la botánica, la médica, la culinaria, la cerámica, la poética– (pp. 479-520).

Pero no sólo el chocolate tuvo un papel central en la interacción entre las diversas lenguas que entraron en contacto, sino el cúmulo de las tradiciones culinarias, entre las cuales se puede incluir la herbolaria, como apunta Dolores Corbella:

Los cambios que experimentó la alimentación en el Viejo Mundo tras el hallazgo del Nuevo Mundo americano fueron importantes (...) Tanto los nombres americanos como las nuevas especies que designaban se incorporaron pronto a los hábitos culinarios europeos (“Las islas Canarias en la gestación del español americano”, p. 65).

Ahora bien, en esas *odiseas* no se podía saber bien qué otros espacios había en las rutas de contacto lingüístico. Entre las tierras de allá y las tierras de acá, las islas también tuvieron un papel en la “gestación del español americano”, en especial las Islas Canarias, tema del que se ocupa en este volumen Dolores Corbella: “*las analogías que pueden advertirse entre la anexión de Canarias y de América (...) y los factores transoceánicos de todo tipo*” (p. 51). La asimilación de la geografía, del aspecto físico y de características de la organización social prodigaron en la mentalidad de los navegantes europeos la comparación y el acrisolamiento entre los prehispánicos y los canarios (pp. 53-55). Con todo, el vocabulario de las siete islas que se asimiló al español fue escaso y la mayoría de las veces pasó por voces de la región Caribe (pp. 60-64). La complejidad lingüística canaria fue significativa en términos de variedad léxica en una geografía minúscula en comparación con lo ya descrito por Company en la introducción de este libro, pues cada una de las siete islas tiene su propio lenguaje, tan diferenciado que los habitantes de ellas no se entendían (p. 58).

La labor de los religiosos fue de capital importancia para acercar mundos diferenciados ante la necesidad imperiosa, para ellos, de adoctrinar a los autóctonos en el cristianismo. Con las bases de lo que sabían de la gramática latina y del español, en general, como su lengua materna, emprendieron la tarea de “traducir” primero en imágenes, luego en español y latín, hasta llegar a obras trilingües, toda una proeza de traducción cultural. No obstante, Gil recuerda que uno de los métodos usuales era el de tomar cautivo a un “indígena” o dejar a uno de aquellos venidos del mar, generalmente a un delincuente y, de esa manera, “tomar lengua” (p. 30). Como menciona también Dolores Corbella, hubo necesidad en este proceso de contar con “*trujamanes, truchimanes o intérpretes mediadores*” (p. 57). Sin embargo, la documentación de los procesos de acercamientos lingüísticos, si bien muy rica, no refleja del todo la manera muy diversa en la que se dio (y se da) ese proceso, pues quizá en la violencia del encuentro entre diferentes semiosferas, para hacerlo entendible, la labor de los conquistadores de “tomar palabra” a partir del trabajo de los religiosos

fue la manera de solventar el problema de una comunicación fluida.

No obstante, las relaciones lingüísticas ya en una semiosfera de lo cotidiano son plenamente productivas en todos los órdenes de cambios y persistencias gramaticales, desde la fonética hasta la dinámica de la sintaxis. Vale la pena indicar en este punto el interés de José Luis Ramírez Luengo al postular y ejemplificar, en “La cotidianidad perseguida: lo prohibido en la América virreinal” (pp. 203-256), un camino para historiar lo prohibido: qué método aplicar para llegar a documentar y analizar lo que en la vida cotidiana virreinal era objeto de censura. Si el análisis de una lengua desde la visión histórica es complejo por las imposiciones temporales, ¿cómo acercarse a lo que en su momento fue objeto de censura? Una ruta de estudio diferente, en otras palabras y siguiendo parcialmente a Virginia Bertolotti, es la de mirar una suerte de paisaje lingüístico, de manera que lo explícito acerca a la comprensión y a la documentación de aquello que fue prohibido u objeto de censura:

el entorno público (...) donde las manifestaciones lingüísticas escritas son consideradas huellas, síntomas, indicios de las características de una situación lingüística no siempre obvia, no siempre explícita” (“El paisaje lingüístico en la América colonial”, p. 126).

Es probable que el lenguaje marítimo-militar y el religioso fuesen los campos semánticos determinantes en la vinculación primera entre ambas semiosferas, y que su asentamiento natural, con el correr de los días, hubiese dado como resultado la no declaración del español como lengua oficial y obligatoria (pp. 43-44).

En efecto, en el ámbito religioso, destaca el capítulo del eminente historiador Antonio Rubial García, “El templo, la plaza y el hogar. Religión y vida cotidiana en las ciudades del virreinato” (pp. 345-383), donde se puede leer, en primer lugar, una síntesis de la estructura temporal y espacial de la comprensión religiosa que se decanta específicamente en los contextos indicados ya en el mismo título de este apartado: templo, plaza y hogar se hayan unidos por desarrollo de diversas actividades del individuo en las que la vida ciudadana se comprende mediante la convención de lo religioso.

Así, los pormenores que brinda Rubial García del templo y de algunas de sus ceremonias, dan cuenta, en síntesis, de cómo en la catedral, “el templo más importante de las ciudades capitales”, se dio inicio a una política de control

que manifestaba la fuerte interrelación de los espacios religiosos que no sólo cubría la burocracia eclesiástica (p. 359), sino que se extendía con la fiesta popular y religiosa, donde “*los gremios, los colegios y las cofradías*” (p. 363) jugaban un papel de primer orden para vincular el mundo cerrado de la iglesia y la apertura de la celebración en la que intervenía la ciudadanía de una manera más general, hasta llegar al ámbito de lo doméstico (p. 369-383), espacio en el que la doctrina cristiana tenía su rostro más acabado en lo referente a la práctica religiosa, gracias al contacto con diversas creencias.

La naturaleza del lenguaje es metafórica, en el momento primigenio en el que se nombra al mundo se establece una proposición con una serie de tropos que configuran la manera en la que se toma el acuerdo de llamar de tal o cual modo a todo aquello que existe porque ha sido nombrado.³ La compenetración de dos realidades culturales que se desconocían entre sí, la europea y la prehispánica, nutrió el español al punto de configurar en él una estructura renovada, acaso sobre todo en el espacio de la semántica. Lo más evidente y productivo lingüísticamente, sin embargo, fue la configuración de una semiosfera en la que la traducción cultural fue asiento y acicate para la integración de las lenguas que entraron en contacto y así llevar los contenidos de las palabras de un contexto a otro.

Este libro, coordinado por Concepción Company, es palmariamente un vehículo, por demás preciso y excelente, que conduce al lector a una comprensión de lo que ha significado lingüísticamente vivir hablando y hablar viviendo nuestra lengua española (americana).

DAVID GARCÍA PÉREZ 

Centro de Estudios Clásicos, IIFL, UNAM

davidgarcia@filos.unam.mx

DAVID GARCÍA PÉREZ: Doctor en Letras Clásicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con estudios de Filosofía y Literatura comparada en esta misma Universidad. Es investigador titular del Centro de Estudios

³ Cf. F. Nietzsche, *Darstellung der antiken Rhetorik, en Kritische Gesamtausgabe*, Berlín, De Gruyter, 1995, pp. 413-502.

Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas y profesor de asignatura definitivo en el Colegio de Letras Clásicas. Integrante del Sistema Nacional de Investigadores (CONAHyCIT). Sus líneas de investigación son: filología del griego antiguo y literatura comparada, de donde derivan sus principales publicaciones en torno al teatro griego y su tradición en Occidente, a la teoría y crítica literarias de la Antigüedad y a la mitocrítica. Dirigió la revista *Noua tellus* en diversas ocasiones. Es integrante de los grupos de investigación, en vigencia, “El viaje de las ideas literarias”, con sede en la Universidad Complutense de Madrid y del Grupo de Investigación y de Acción Teatral de la Universidad de Valencia, España.

D.R. © David García Pérez, Ciudad de México, julio-diciembre, 2023.